

ENTREVISTA ••• BERNARDO DÍAZ NOSTY

# «La mirada de las periodistas ayuda a entender la Guerra Civil»

*El autor rescata del olvido el trabajo de las extranjeras que cubrieron la contienda, que se acercaron a las víctimas, lejos de los frentes*

••• ENRIQUE CLEMENTE

**P**eriodista de larga trayectoria, investigador y docente, Bernardo Díaz Nosty es autor de obras sobre historia contemporánea como *Las Cortes de Franco: 30 años orgánicos*, *La irresistible ascensión de Juan March* o *Historia del franquismo* (con Daniel Sueiro); sobre periodismo, como *Libro negro del periodismo en España*, *La prensa en el nuevo ecosistema informativo* o *Periodistas en el punto de mira*; y de novelas como *El crimen de la calle de la Justa* o *La monja encuademadora*. Ahora publica un monumental libro de casi 900 páginas, *Periodistas extranjeras en la Guerra Civil* (Renacimiento), en el que rescata del olvido el trabajo y el papel que jugaron las mujeres que cubrieron la contienda. Una obra fundamental que llena un hueco llamativo en la historiografía de la Guerra Civil, vista desde los ojos femeninos.

—¿Qué papel jugaron las periodistas extranjeras en la Guerra Civil?

—Aportaron una visión complementaria de la tragedia, generalmente guiada por una inteligencia emocional que las llevó a acercarse a las víctimas de la guerra lejos de los frentes. En las ciudades, en los pequeños pueblos, mujeres, niños y ancianos también eran víctimas de las enfermedades, del hambre y de los bombardeos aéreos sobre la población civil, una modalidad devastadora que introdujeron en los conflictos bélicos, por primera vez en la historia contemporánea, alemanes e italianos, aliados de los sublevados. Algo que, poco tiempo después, tras la Segunda Guerra Mundial, sería tipificable como crímenes de lesa humanidad.

—¿Qué perfil tenían esas periodistas, formación, procedencia, ideología, número de las que vinieron, por qué vinieron?

—Es difícil saber cuántas vinieron, pero, desde luego, más de las diez o veinte identificadas en la historiografía más conocida. Al menos, según he podido documentar, fueron cerca de doscientas las periodistas, fotoperiodistas y colaboradoras de prensa y radio las que viajaron a España entre 1936 y 1939. En general, y eso es sorprendente, eran universitarias. En cuanto a la ideología, predominaban las progresistas, de ahí que el mayor número de ellas viajase a la zona republicana, y su procedencia iba más allá del Reino Unido y Estados Unidos, como indicaban algunos historiadores de la Guerra Civil, y alcanzaban a cerca de treinta nacionalidades, con una fuerte presencia de francesas, alemanas y austriacas, nórdicas, rusas y latinoamericanas, especialmente, entre estas últimas, cubanas, mexicanas y argentinas.

—¿Las periodistas tenían una mirada diferente que la que mostraban sus compañeros en su manera de contar la



Díaz Nosty ha publicado «Periodistas extranjeras en la Guerra Civil». • FOTO: J. ALBIÑANA

guerra y de reflejar el sufrimiento?

—En efecto. Ellas son las que dan cuenta de los bombardeos sobre las colas de mujeres y niños en mercados y comercios; las que acuden a las morgues y relatan las estampas dramáticas de los cuerpos destrozados; las que revelan, como escribe la noruega Gerda Grepp, que aquellos cadáveres no son víctimas de una guerra, sino de vulgares asesinatos... En muchos casos, unen su labor periodística al activismo humanitario, emprendiendo campañas en sus medios en favor, muy especialmente, de la protección de los menores.

—¿Puede contar brevemente los casos de cinco periodistas que destacaran por su labor?

—Siempre he creído que destacar a unas pocas es enterrar a la mayoría, por eso prefiero referirme a la dimensión coral del relato femenino sobre la guerra y a la necesidad de incorporar al sedimento historiográfico. No obstante, y sin marcar jerarquías, ahí van cinco nombres de periodistas, que no son las mejores, ya que no se trata de eso aquí. Las cinco primeras que a bote pronto vienen a mi memoria: la sueca Anna Elgstöm, que recorre la España franquista y entrevista a Carmen Polo; las francesas Simone Téry y Madeleine Jacob, ambas muy presentes en distintas circunstancias y escenarios de la guerra; las inglesas Nancy Cunard y Hilde Matchant, también muy comprometidas en su labor de denuncia de las atrocidades,

y la alemana Ilse Wolff, que algunos confunden con otra colega excelente, la austriaca Ilse Kulcsar, ambas con un recorrido vital y profesional apasionante y con dificultades que las llevaron a salir del país. Bueno, son siete en lugar de cinco...

—¿Por qué, siendo tan numerosa y valiosa la labor de las periodistas extranjeras en la Guerra Civil, se conoce tan poco, salvo casos aislados?

—El relato de la guerra y lo que podríamos denominar la cultura de la guerra es netamente masculina. Hoy ha variado bastante y, como estamos viendo en Ucrania, el foco no solo se pone en los frentes, sino en la percepción del sufrimiento de la población civil. Se conocen los casos de las periodistas estrella estadounidenses Martha Gellhorn, Eleanor Packard o Virginia Cowles, pero el silencio diluye la memoria de decenas de historias contadas por mujeres acerca de la piel herida de una sociedad sometida a las penalidades de la guerra.

También es necesario rescatar el legado de las periodistas españolas, cuatro de ellas directoras de periódicos durante la guerra, entre ellas la gallega María Luz Morales, directora de *La Vanguardia* de Barcelona. Ahora, habrá que reconstruir aspectos narrados de forma parcial o con una visión sesgada a escenarios más inclusivos, donde la mirada de la mujer, tan determinante en estos casos, contribuye a entender mejor el drama del conflicto.

«ELLAS DAN CUENTA DE LOS BOMBARDEOS SOBRE LAS COLAS DE MUJERES Y NIÑOS»

UNA VIDA DE PELÍCULA  
«Aftersun»



Pausada, sutil, oscuramente humana

••• ALEJANDRA CEBALLOS LÓPEZ / S.F.

**N**o sé si será cosa de hijas preocuparse por los padres y cosa de ellos fingir que todo va bien cuando es evidente que no. Pero Sophie (interpretada por Francesca Corio) y Callum (interpretado por Paul Mescal, nominado al Óscar por su interpretación) representan muy bien esta realidad que, al menos a mí, me resulta tan cercana.

Sutil, elegante, pausado. El filme no se va por la vía evidente del melodrama y, aun así, mantiene la tensión perfecta para que aquellos que lloramos en el cine estemos a la espera, todo el tiempo pensando que ese será el momento en el que escapen las lágrimas.

«No pasa nada», dirán los que están acostumbrados al cine veloz, la acción, los disparos y la muerte. Pero pasa de todo, entre ellos, en silencio, en medio de la tensa calma de las vacaciones. La directora Charlotte Wells elige un balneario en Turquía como escenario de su ópera prima. Es el espacio de reunión entre un padre divorciado y su hija que vive en otra ciudad; un par de extraños que se conocen y parecen querer acercarse más, aunque no sepan cómo.

Wells no utiliza lo evidente, ni las palabras para reflejar la relación de los personajes. Recurre, como es lógico, al cine. El silencio, el color, las escenas almacenadas en una videocámara antigua y ese recuerdo que libera y al mismo tiempo pesa 20 años después. Planos hechos por los personajes, zoom, ruido en la fotografía, reflejos, puertas abiertas, las historias de la infancia, dudas que surgen al espectador y preguntas formuladas por Sophie. La pequeña de solo 11 años trata de acercarse a su padre, pero a veces no le queda otra que alejarse, intentar hacer amigos, huir de un padre que huye de sí mismo y refugiarse en el silencio. Su versión adulta, en cambio, parece entender a medida que nosotros lo vamos haciendo. Ligera para respirar en los momentos de piscina y sutilmente triste, justo al borde de la superficie, donde lo humanamente oscuro no se puede ocultar.